

Los afrodescendientes en el Perú: de la visibilidad cero a la narración en primera persona

The Afro-descendants in Peru: from zero visibility to first-person narrative

Eduardo Huarag Álvarez

Resumo

Luego de hacer una revisión de las referencias en las que se aprecia la presencia de personajes afrodescendientes, nos centramos en dos novelas porque, de alguna manera, representan el esfuerzo por acercarnos al grupo etnocultural con sus rasgos más relevantes. Charún- Illescas y Martínez presentan sus novelas en las que se puede apreciar el modo de pensar, costumbres y creencias de la población afrodescendiente. Lo importante es que podamos apreciar cómo es que desde la invisibilidad cero (persona sin nombre) y en la condición de esclavos, los afrodescendientes aparecen progresivamente en la novela hasta que llegamos a observarlo como protagonista y narrador personaje que, desde su propio sociolecto, testimonia cómo ve el mundo y sus instituciones. Destacamos la novela de Charún Illescas en tanto permite conocer el sincretismo religioso que practicaban los afrodescendientes en tanto eran católicos, pero cantaban invocando a las deidades de la lejana África.

Palavras-chave

Religiosidad, afrodescendientes, invisibilidad, oralidad, interpretar.

Abstract

After reviewing the references in which the presence of Afro-descendant characters is appreciated, we focus on two novels because, in some way, they represent the effort to approach the ethnocultural group with their most relevant features. Charún-Illescas and Martínez present their novels in which one can appreciate the way of thinking, customs and beliefs of the Afro-descendant population. The important thing is that we can appreciate how Afro-descendants appear progressively in the novel from zero invisibility (person without a name) and in the condition of slaves until we observe them as a protagonist and narrator character who, from their own sociolect, testifies how they see the world and its institutions. We highlight Charún Illescas' novel as it allows us to know the religious syncretism practiced by Afro-descendants as they were Catholics but sang invoking the deities of distant Africa.

Keywords

Religiosity, Afro-descendants, invisibility, orality, interpret.

**Eduardo Huarag
Álvarez**

**Pontificia Universidad
Católica del Perú**

Doctor en Lengua y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Licenciado en Educación Secundaria con especialidad en Lengua y Literatura (Pontificia Universidad Católica del Perú). Profesor do Departamento Académico de Humanidades - Sección Lingüística y Literatura.

ehuarag@puccp.pe

En tiempos de la visibilidad cero

La presente investigación se propone, mediante el análisis de dos novelas, mostrar el proceso que siguieron los afrodescendientes en el largo camino que siguieron para lograr alguna forma de visibilidad en el entorno social que les tocó vivir.

Empecemos por acercarnos a los referentes históricos. Según Del Busto (2001): “el primer negro que llegó al Perú vino con Francisco Pizarro. Fue el esclavo que acompañó a Alonso de Molina, uno de los Trece del Gallo, en el desembarco de Tumbes” (p. 21). Y cuando uno empieza a indagar acerca del nombre de los afrodescendientes que acompañaron a los conquistadores se da con la sorpresa que no son mencionados. Es decir, se refiere a ellos como esclavos, pero no con identidad. Por eso, discretamente, páginas más adelante, el historiador dice: “el primer negro con nombre conocido resultó ser Alonso Prieto. Fue esclavo de Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, los tres socios de la conquista perulera” (DEL BUSTO, 2001, p. 23). La ausencia de visibilización o visibilidad cero para los afrodescendientes es evidente. Los conquistadores los tenían como esclavos que les brindaban apoyo para el transporte de utensilios y armas en la empresa que habían emprendido. No eran individuos semejantes a ellos.

En los siguientes años, seguirían llegando esclavos, especialmente de África Occidental. Se les utilizaría en los trabajos agrícolas y básicamente en la costa. La condición de invisibilidad se mantendría en todo el tiempo que duró el virreinato y resuelto parcialmente con la fundación de la República. Como esclavos eran de propiedad del que los adquirió. Y para evitar confusiones les ponían una marca sobre la piel, un acto llamado carimbar. Dice Del Busto que el general San Martín: “ (...) proclamó libres a los hijos de los esclavos nacidos luego de la Independencia” (DEL BUSTO, 2001, p. 70), y aclara luego que en la práctica esto no se pudo cumplir por los años de turbulencia que se presentó en tiempo de la república, antes de la llegada de Bolívar, y aún después.

En pleno siglo XX, Enrique López Albújar publicará la novela “Matalache”, que refiere una historia que acontece en esos años previos a la independencia. El personaje protagónico es un esclavo llamado José Manuel. La hija del dueño de una fábrica de jabones, María Luz, se enamora del esclavo. Lo inevitable termina sucediendo. Cuando el patrón se entera que su hija está embarazada, no dudará en castigarlo ordenando que se le arroje a una tina de agua hirviente.

Aunque es destacable que aparezca el afrodescendiente como personaje, la mirada que se tiene de él es siempre externa. Se incorporan sus aficiones y las coplas que repetía la población haciendo referencia al romance de José Manuel con la hija del patrón. Aparte de presentar una mirada externa tiene una limitación: no se ahonda en el mundo interior, en la visión que tienen los afrodescendientes sobre el mundo que les toca vivir, sus creencias religiosas ancestrales u otros aspectos que revelen su modo de entender e interpretar el mundo y la sociedad que le tocó vivir. Uno de los momentos más importantes se reduce a una competencia de guitarristas.

Para Antonio Cornejo Polar, la novela mencionada: “ (...) plantea en términos romántico-naturalistas el problema de la esclavitud y defiende la igualdad de las razas, sin resolver adecuadamente, en el plano narrativo e ideológico, la conflictividad del tema” (POLAR, 1980, p. 43)

Lo concreto es que, a mediados del siglo XIX (en el Perú) los afrodescendientes lograban cierto reconocimiento si se dedicaban a un oficio decente. No olvidemos que la condición de artesanos (o artistas populares) supondrá cierto posicionamiento, como revela la novela “Malambo” al presentar el caso de un afrodescendiente artista que merece respeto y consideración por los cuadros que pintaba. Un caso excepcional,

sin duda. Pero, en términos generales, en el conjunto de la sociedad, los afrodescendientes eran parte de la población discriminada. Para Barrantes y Aguilar (2015):

A diferencia de otras sociedades en las que la discriminación era legal y construida a partir de la teoría de que una gota de sangre de origen africano convertía a alguien en negro, en el caso peruano se podía dejar de ser considerado negro con la adecuada combinación de un oficio decente e instrucción. Esta menor rigidez no necesariamente facilitó la desaparición de la discriminación; por el contrario, al permitir la movilidad social por medio del blanqueamiento se terminó por consolidar el racismo contra y entre la población de origen afrodescendiente (p. 135).

María Rosa Macedo en la narrativa del '40 al '50

En la narrativa peruana posmodernista los escritores y escritoras tienen especial interés en mostrar la desigualdad social y discriminación de los indígenas y afrodescendientes. Para entonces, las haciendas de la costa tienen como jornaleros innumerable cantidad de indígenas, mestizos, zambos y negros. En ese contexto destaca María Rosa Macedo (década del '50, siglo XX). Sus novelas y relatos breves tratan de la vida que llevan los trabajadores en las rancherías de Humay (costa sur del país). Sus relatos: "Ranchos de caña" (1941) y "Hombres de tierra adentro" (1948) tuvieron gran repercusión porque lo narrado develaba la vida de los trabajadores de la costa sur. En esas aldeas que describe la escritora trabajan mestizos, afrodescendientes, zambos y nativos de la zona andina. Destacamos un relato que se configura como novela corta y que se titula "Don Constan". El personaje es un zambo (mezcla de indígena o mestizo con una negra; o de negro con una mestiza indígena) y se caracteriza como un poblador leal y emprendedor que tiene sus problemas, como todos los seres humanos, y es un buen conocedor de hierbas medicinales:

Conocía todos los secretos que encierran las piedras y los cerros de la quebrada. Y los misteriosos poderes que poseen la yerba santa y el chamico (...). Él tenía oraciones eficaces para cada trance y la ayuda de prácticas invencibles (MACEDO, 2011, p. 552- 553).

Como muchos aldeanos, Constan tiene sus creencias y temores. Anochece cuando volvía por la pampa cuando sintió un relincho. Aceleró el paso. Y otra vez escuchó el relincho. Pero nadie iba detrás suyo. "Galopó y galopó, ya tranquilizado, pero cuando volvió los ojos hacia todo aquello que dejaba atrás, un grito ronco se estranguló en su garganta" (MACEDO, 2011, p. 564 -565).

Lo destacable del relato es el acercamiento al habla oral de los pobladores de las rancheiras (MACEDO, 2011, p. 565):

- Es la carcacha seguro – decían los peones escuchando el relato de Constante.

Juliana miraba con los granados ojos muy abiertos.

- Y eso...

- Icen que las mujeres que viven en pecau portal, se güelven en forma de mula pa' asustar a los cristianos.

- No solo pa' asustarlos – terció el mas viejo de los hombres. En veces algún pasajero ha desaparecido. La carcacha se los lleva a su cueva en los cerros.

- Suerte que no te llevó Constan...

- Me encomendé a la Beatita Luisa.

- Catay. Eso te valió.

Largo sería el camino que siguen los afrodescendientes para alcanzar cierto reconocimiento social. En las páginas de presentación al libro de Barrantes y Aguilar, se dice: “ (...) existe una invisibilización de la población afrodescendiente que implica el no reconocimiento de la importancia de ésta en el desarrollo de la república y la cultura peruana” (BARRANTES; AGUILAR, 2015, p. 9).

El centro de nuestra atención estará fijado en “Malambo” de Charún Illescas y “Canto de sirena”, de Gregorio Martínez. No desconocemos el aporte que significó “Monologo desde las tinieblas”, de Antonio Gálvez Ronceros, relato importante porque irrumpe con la oralidad de los afrodescendientes. Un paso significativo que influirá, definitivamente, en la opción que asumirán otros escritores que se proponen rescatar la cosmovisión de los personajes de esta cultural invisibilizada.

“Malambo” y la situación de los esclavos en tiempos de la colonia

La novela de Charún Illescas parece haber sido concebida para rescatar las costumbres y tradiciones de la sociedad marginal, integrada fundamentalmente por los afrodescendientes. Vivían en las afueras, en un barrio que se conocía como Malambo. De modo que es frecuente el mundo contrastado entre la Lima señorial, con su plaza mayor y sus casas con balcones finamente tallados; y de otro, los pobladores del barrio de Malambo, que eran esclavos, gente que había conseguido comprar su libertad, o simplemente los que quedaron inutilizados para el trabajo en las haciendas.

Tomasón, el protagonista, es un pintor afrodescendiente – por lo que es un esclavo, aunque tienen, hacia él, un trato preferencial – que es muy apreciado en el barrio. La novela pone énfasis en la descripción de las costumbres de la localidad, lugares y ambientes de esos años coloniales. Tomasón es cristiano y se ha propuesto pintar el cuadro del Cristo crucificado. Hay que considerar que los afrodescendientes estaban muy vinculados a sus rituales religiosos por lo que se organizan en cofradías. Lo extraño es que, en los afrodescendientes de esa época – quizá sin ser conscientes de ello – se produce un modo de sincretismo porque si bien aceptan el evangelio, la Biblia y van a misa, lo cierto es que, en determinados momentos, hacen sus ofrendas a sus dioses ancestrales que seguramente trajeron de la lejana África. El mérito de la novela es haber rescatado las invocaciones que hacían los afrodescendientes en su propia lengua.

A través de una secuencia breve mostramos el comportamiento de los afrodescendientes en un acto muy formal y sacro, pero que tiene presente la malicia y la picardía para expresar su disconformidad. Todo dicho en la manera como, seguramente, actuaron los afrodescendientes

Una voz vecina rezó el Angelus. Tomasón carraspeó, se aclaró la garganta. La voz pronunció “Amén” y Tomasón “Caraaaá”. En la punta de la lengua llevaba siempre un carajo desgano, dicho estiradamente y a medias cuando tenía mucho o nada que agregar. En esta ocasión bien pudo significar: “Caraaaá ya se está poniendo oscuro”, “Caraaaá me cansé ya no trabajo más” o simplemente “Caraaaá con este campanario uno no se pone de acuerdo (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 12).

La salud de Tomasón no era buena, pero a pesar de ello, él cree que no es su hora de muerte. Hay que advertir que tiene un sentimiento de rebeldía, de resistencia ante la opresión de los patrones. Además, considera que Malambo es su espacio y no se irá a otro sitio:

Porque han de saber ustedes que el marqués me quiso cuadrar amenazando con denunciar mi fuga, mi fuga, fíjense ustedes, como si yo mismo no le hubiera hecho saber dónde estoy, y le da por querer hacerme regresar a ese cuartito de chanchos en su casa, y yo le digo, bueno pues denúncieme que no tengo nada más que perder sino el aire que todavía me sirve, si usted me acusa yo me planto en seco y no vuelvo a pintarle ni el resuello de una plumita de ángel (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 24-25).

Uno de los aspectos más meritorios de la novela es esa labor de rescate de las creencias ancestrales de los afrodescendientes, Nos referimos a lo que se considera mitos de creación del universo:

Obbatalá jamás de los jamases ha de acabarse. Antes que el tiempo, ya él estuvo, y así seguirá estando hasta mucho tiempo después del final. No por gusto. Antes que todo fuera, él ya era quién es, cuando el sol se enfriaba como menos que una bolita así, chiquitita. ¡Pobre chispita que no calentaba ni servía de ninguna cosa! (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 34).

Luego se pasa a referir lo que sería la creación de la pareja primigenia. Todo esto dicho en el lenguaje y el modo de interpretar que hacían los afrodescendientes:

Para lo que te sea prudente averiguar, te digo que Obbatalá nos hizo con una pizca de barro y soplando, fuaa fuaa fuaa, nos dio distancias de varón o de hembra. Entre dientes nomás él soplabá, ¡y ya!, ¡listo!, una nueva muchacha o un nuevo muchacho se echaban a correr por la vida del mundo (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 34).

Es interesante que, para Tomasón, las deidades también cometen errores, que pueden ceder a ciertas debilidades y hacer lo que no deben hacer. Es decir, no estamos ante un ser perfecto, se trataría de un ser que tiene tantas debilidades como los humanos:

Hay que decir lo justo por lo mismo: que también los dioses tienen sus debilidades y sueltan de vez en cuando su canita al aire. De allí que en cierta oportunidad Obbatalá bebió abundante chicha, y como la jora del maíz es traicionera cuando se le fermenta con pata de toro y te agarra dulce sin que te des cuenta, entonces fue que Obbatalá se emborrachó. Y como todo borracho terquea y no quiere escuchar, a Obbatalá se le dio por seguir haciendo gente. Y en eso que sopla, ¡fuaaa fuaaa!, el crío le salió cojo. Al otro que le sopla le salió faltando un brazo o tenía los ojos traspapelados en la cara. A otro se le olvidó de pegarle una ceja, o las narices (CHARÚN - ILLESCAS, 2001, p. 34).

Como se observa, el afrodescendiente, marginado por la institucionalidad, tiene su manera de interpretar la realidad, o las incoherencias de lo que ha escuchado decir. En tiempos de la Colonia, la Inquisición era temible por las sanciones que imponía. Los judíos y afrodescendientes están entre las víctimas. Véase las referencias que ofrece Ricardo Palma en "Los anales de la Inquisición". En ese contexto, es interesante observar la reflexión que hace la población marginal entre los cuales están los afrodescendientes:

El verdadero motivo por el cual están encarcelando a los judíos es muy otro, mi querido señor. Las autoridades temen que se hagan dueños absolutos del comercio, comenzando por la capital del virreinato. ¿No es un secreto público acaso que envían periódicamente remesas de oro contante y sonante a Manaos, Río, Buenos Aires y Ámsterdam vía los banqueros catalanes y los andaluces? (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 47).

Pero ese recelo se extiende también a los nativos andinos. No por el dinero que pudieran tener sino porque, aún cuando dijeran que son católicos y se bautizaran, lo cierto es que mantenían su religiosidad ancestral: “Y a propósito, los indios no le van a la zaga. No abandonan para nada sus prácticas idólatras y adoran hasta las piedras del camino” (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 47). Y luego agregan: “esos cementerios que los indios llenan de ofrendas. Porque continúan enterrando a sus principales difuntos con sus alimentos y bebidas, pero también con sus vajillas y con estatuillas de sus dioses paganos” (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 47-48).

En la novela, el personaje que representa (por metonimia) a los nativos indígenas es Yawar Inka. Y él considera que los españoles tienen hacia los indios un trato distinto al que le dan a los afrodescendientes. Es decir, los afrodescendientes, al ser esclavos, cree Yawar Inka, estarían en un estrato más bajo que el de un nativo indígena. Ante ello, Tomasón reacciona y con ese modo tan peculiar de organizar su discurso, le aclara la situación de los afrodescendientes:

Esa es la desgracia que sufrimos, pero nuestra situación no es igual a la que padecen las bestias. El toro no se entera que le han puesto precio, ni que lo traen al matadero para sacrificarlo, para cortarle el pescuezo, sacarle las tripas y venderlo en trozos, una pierna por acá, por allá va la otra, la cabeza, el espaldar..., hasta el rabo se lo venden a cualquier que pague. (...) Pero los negros nos damos cuenta y no falta el que se rebela o le pregunta al amo: ¿cuánto quiere por mí? ¿cuántos pesos? Regatean su precio, piden rebaja, se van a quejar al juez. También hay otros -como es mi caso - que no queremos pagar ná. No faltan los negros que se escapan, tú lo sabes (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 82).

Entre los afrodescendientes existe la creencia que Ochún vive en el río y se puede llevar a la persona que quiere. Y el día menos pensado se lo lleva, lo ahoga. Pero puede volverlos a la vida:

Aquí, en el Rímac, sin ir muy lejos, yo he visto un pescador salir caminando y no le chorreaba ni una gota de agua de la ropa ni del pelo. Salen bien sequitos, pero bien embobados también, y hay que hacerles muchas ofrendas a Ochún para que se compadezca y les quite esa mercadería:

Ochún yeyeo apetebi nombale
 Chún yeyeo apetebi nombale
 Ochún, moriyeyeo ibiniri aro abebe
 Oun ni, kolala ke, lya ni koyuo
 Son yeye kari, guanarí guanarí
 Ogale guase ana ago.
 (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 110).

Este es uno de los méritos de la novela. El haber rescatado la oralidad de los afrodescendientes de esa época. Como se aprecia, pese a estar en territorio latinoamericano, en tiempos de la colonia, los afrodescendientes no abandonaron sus creencias y rituales de la lejana África. Habría que

agregar otro hecho importante: también seguían manteniendo su interpretación cosmogónica:

... El mundo todavía era pura candela y ni el gran Creador se animaba a poner un pie por acá. Pero le dio pena tanta desolación y así es como se llenó los cachetes de aire, y sopla que te sopla, apagó el mundo. Desde ahí, las cosas se mejoraron, aunque no mucho. Seguía siendo un monte pelado por aquí; otro poco de ceniza, por allá.

Había mucha piedra caliente. Menudita y también de las grandes que son buenas para hacer pachamanca. Pero todo estaba tapado por un humazo que no se podía ni abrir bien el ojo sin que le entre a uno la ardedera. Menos mal que se fue levantando, se aclaró y del firmamento empezó a caer una agüita que era la mismita Yemayá.

Desde que bajó a la tierra, Yemayá no cesó de tener criaturas y en su barriga se crearon los dioses y todos los animales. Desde el animal más chiquito que yo conozco, que es la hormiga culona, hasta el más grande, que no es el buey, sino el elefante. Así mismo, salieron los pescados como ese que me gusta comer tanto, ese que se llama "bonito" y ese otro que aborrezco como el caraaá y se llama "pejesapo". Después crecieron las matas de yuca, las del choclo, el huacatay, que no es mata sino yerba y se come con papa. La del maní que también se come con papa, y después fue apareciendo la gente y como ya dije antes: los dioses nacieron de Yemayá (CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 117 - 118).

Finalmente, Tomasón, que era un artista reconocido, pintó un Cristo crucificado que de inmediato despertó la admiración de los fieles. Se organizaron los rituales por el sentimiento de veneración que despertaba en los fieles. Y para los afrodescendientes, la veneración no era el rezo casi de murmullos que hacen los católicos. Ellos hacían el festejo a su manera. Tomasón no pudo ser indiferente a la reacción popular y se incorporó a ellos:

Al fin logró unirse al estridente ritmo de las chirimías. Moviendo un pie, luego el otro, comenzó a danzar. Con la melodía dedicada al "Hacedor de todas las cosas" conseguía un leve alivio. Otra vez se le entibiaba la sangre en las venas, se desataba ese nudo opresor en el pecho. Lentamente el ritmo y él iban siendo un solo movimiento cadencioso (CHARÚN-ILLESCAS,, 2001, p. 218).

Y lo más importante, Tomasón se sintió libre y que reconociéndole su obra ahora tendría otra valoración. Y en agradecimiento, no hizo un canto a Jesucristo, ni ninguno de los santos. Obsérvese lo que Tomasón cantó:

Iguere yéye, iguere yéye
Otu gua mí, Obatalá
Otú gua mí; Olú gua mí
Oba Orisham Iba i Babá
Iba y yeyé, Iba karo wó
Odda cho ma me wó
Ome akaguó adaché
Olomí osá, Olofi obá arayé"
(CHARÚN-ILLESCAS, 2001, p. 218).

Canto de sirena”: el relato de un afrodescendiente en primera persona

Para empezar, la obra se presenta como el testimonio de un informante afrodescendiente. Se trata del relato de Candelario Navarro, su vida, su quehacer y especialmente, sus costumbres y su modo de interpretar la realidad. Esa es la particularidad de la obra que se sale del modo tradicional de entender la novela. Acaso por eso, el autor, Gregorio Martínez, la calificara de Canto, y de allí deriva el mismo título: Canto de sirena. No obstante, como ya dijimos en la introducción, la obra no es una crónica biográfica. El autor ha tenido el cuidado de respetar la historia del narrador, pero hace también un tratamiento literario en muchos momentos del relato, como lo vamos a apreciar.

Ahora bien, nuestro planteamiento inicial era mostrar el proceso que ha seguido la población afrodescendiente para ganar cierta visibilidad y disminuir los estigmas de la discriminación. De haber sido esclavos sin nombre, en el siglo XX destacaron en deportes como el boxeo y el fútbol. Y lo más importante para nosotros, de haber sido personajes que eran mencionados o colocados como protagonistas, pero sin voz propia; de pronto, en la novela de Gregorio Martínez, nos encontramos con un personaje que utiliza la voz de la primera persona (narrador-personaje) y da testimonio de un afrodescendiente viejo llamado Candelario Navarro. Y lo singular, en la novela, es que el personaje se ha empoderado del relato, él pasa a ser un personaje que dará testimonio de sus creencias, de su historia personal.

Y agreguemos otro hecho más: el discurso que se presenta se revela con la oralidad propia del hablante afrodescendiente. Es decir, con su propio sociolecto. Ese lenguaje que, en su oralidad, recoge sus giros idiomáticos, su léxico, su discurso coloquial, su tono burlón y no pocas veces soez. Es que con esa oralidad el afrodescendiente resulta ser más verosímil y no el personaje creado y acondicionado para la escena como sucede con la novela de Albújar.

Hay dos momentos en la memoria de Candelario Navarro: 1914 y 1946. En la primera, la memoria que tiene Candelario es la de un lugar apenas habitado por algunas familias que cruzaban el arenal para establecerse en Coyungo. Pero después de años él encuentra una ciudad distinta. Esa pequeña aldea que depende del río y el pequeño valle que se forma a su alrededor tenía un dueño que nos hace recordar a los latifundistas que, por entonces, eran propietarios de tierras extensas:

En su mayor esplendor don Félix Denegri tenía Chocavento, tenía Chavinilla, tenía Tamboviejo, tenía Sahuacaré, tenía el arenal, tenía Cascajal, tenía El Molino, tenía Coquimbo, tenía Lucasi, tenía Vijoto, tenía Sacaco, tenía Cerro Colorado, y en buena cuenta, la tierra de cabo a rabo porque para él no había no y hacía y deshacía a su antojo, después fue que todo se vino abajo, con su muerte, porque ya los hijos, los locos, no pudieron gobernar nada y el desbarajuste cundió por todos lados (MARTÍNEZ, 2012, p. 22).

De lo que dice Candelario Navarro se deduce que el ordenamiento social es el que corresponde a una sociedad en la que la vida social se organiza con los patrones de un lado, y de otro, los trabajadores de la hacienda, conformado por indígenas, mestizos y afrodescendientes. Pero hay que decir que Candelario Navarro es muy peculiar, porque él se dejó llevar por sus aficiones y por la circunstancia.

La interpretación religiosa

Candelario Navarro, como los otros afrodescendientes, se declara católico, pero – para sus adentros – tiene su modo particular de entender lo historia sagrada. Obsérvese que su planteamiento está expresado en primera persona (como corresponde a los discursos testimoniales) y con el sociolecto que caracteriza a los afrodescendientes:

Adán era un gramputa que ni bien lo hicieron ya estaba urdiendo la manera de engatusar a Dios sin tomar siquiera en cuenta de que todavía no estaba del todo seco, no ves que el Todopoderoso lo hizo de barro mojado y apenas se le había oreado el lomo y la barriga cuando se puso a cavilar, a buscar el lugar más conveniente por donde comenzar a jalar la hebra para enredarle a Dios todo cuanto hasta entonces había hecho y todo aquello que le quedaba por hacer (MARTÍNEZ, 2012, p. 26).

Y en ese modo de interpretar la Biblia, o mejor, la palabra sagrada, Candelario tiene su modo propio de entender las historias míticas. Él considera que:

(...) lo que dice la historia santa no es para tomarlo como único y verdadero, en lo de Adán y Eva han acomodado mucho lo ocurrido no están ahí los hechos tal y conforme sucedieron, se me ocurre que Eva tampoco parió negro, chino, cholo, guineo, ella parió de una sola color, parió tal como era su raza solamente, nosotros somos otra creación, en la China otra, en la India otra, eso de que Adán y Eva son los únicos que han dado origen a la humanidad es un equívoco, negra pare negro y chola pare cholo, cómo nos van hacer creer que Eva parió pintado, que digan que fue cosa de milagro, de divinidad, es otro cantar, y uno a sabiendas que no es cierto dice sí para no contradecir, pero que vengan a asegurarlo con el dicho que así figura en la historia santa, eso yo no lo acepto ni les daré la razón nunca al obispo, el Papa o el gallito de la pasión... (MARTÍNEZ, 2012, p. 27 – 28).

Candelario tiene una lógica que cuestiona los comentarios tradicionales acerca del cosmos y el trasmundo, lo sacro y lo profano. Su lógica de ciudadano de extracción popular y afrodescendiente encuentra ciertas contradicciones:

Lo que no tiene para mí agarradero es que me digan que en medio de las tinieblas hay un círculo de candela, donde están presos los condenados a la condenación eterna de vivir quemándose en el infierno, no ves que allá, en la otra vida, nadie se muere, donde están vivos y jodiéndose, ahí se quedan para siempre. ¡Qué bueno! ¿Así es que pongo yo aquí una luz y la oscuridad sigue oscura? Si hay ese círculo de candela ya no es tinieblas (MARTÍNEZ, 2012, p. 49).

En su relato testimonial Candelario reconoce que aprendió los principios de la religión a través del catecismo. Pero la lógica de Candelario siempre está cuestionando algunos principios o dogmas establecidos por la iglesia católica. Nos referimos, por ejemplo, a la situación virginal de la madre de Jesús. Candelario dice:

(...) si nos apegamos a la estricta verdad no es Virgen nada, ¿acaso ella no ha parido?, ha parido, entonces si ha parido ya no es Virgen, nadie pare del viento, ni la gallina, sabemos muy que ese huevo que pone del aire se vuelve agua y no bota pollito, la gallina puede enculecarse y quedarse en el nido empollándolo un siglo, pero nunca sacará cría, no ves que es engendro del viento, agua sí se vuelve, una agua podrida, porque el viento y el agua

son congéneres, los dos salen de la misma madre, es decir, de las entrañas de la mar (MARTÍNEZ, 2012, p. 51).

Los conocimientos de Candelario provienen de la observación directa de la realidad, de la experiencia práctica con esa lógica que acompaña a los personajes populares, como Sancho Panza. La desconfianza de Candelario Navarro no gira en torno solo de la manera como la iglesia interpreta la Biblia. Su actitud cuestiona la existencia misma de Dios. Pero no es que tengamos que ponernos a cuestionar sus alegatos, aquí lo importante es observar el sociolecto que utiliza y el discurso que emplea para persuadir a su interlocutor:

¿Dios?, ¿cuál Dios?, ¿acaso a mí me han enseñado una fotografía de Dios y me han dicho mira, Candico, ese fulano es Dios?, hace rato he sacado mi cuenta y me parece que la creencia es solo eso: una creencia para sujetar a los crédulos, otros por detalle y el bendito prurito, como decía el doctor Tello, la llaman doctrina, pero todo es lo mismo, igual que cuando la canela fosforea y digo ¡ve!, seguro que ahora viene visita, igual es, ni más ni menos, porque está visto y probado hasta la demasía que el género humano necesita creer, así ha sido en todas las dominaciones... (MARTÍNEZ, 2012, p. 90).

Acerca de la realidad cosmogónica y los fines trascendentes

Más adelante, Candelario comenta que el sol y las estrellas tienen su lugar y cada uno tiene su función. Luego agrega:

Ese orden existe, por eso decía que el firmamento es de Dios y de los ángeles y de todos los difuntos que han muerto en la virtud y viven allá en la corte celestial. Sea como sea está claro que el sol también reina y domina en el firmamento azul, en la inmensidad del cielo que uno ve que se acaba, pero si se sube al cerro ve que sigue extendiéndose más lejos como un techo sin pared (MARTÍNEZ, 2012, p. 48).

Sus conjeturas también llegan a abordar los temas apocalípticos. Aquí lo importante no es lo que él pudiera conocer sobre el tema, sino cómo es que asume la posibilidad que, en el momento menos pensado, se acabe el mundo y la vida humana. Existe el prurito que solo las grandes culturas y los filósofos tienen reflexiones sobre el destino de la humanidad. La estigmatización no concibe que los afrodescendientes también pueden tener una idea acerca del destino final de la humanidad:

Además me he dado cuenta por la atmósfera que ya se está acercando el fin del mundo, la ruina total de la creación, y me precisa saber bien, en todos sus puntos, qué día ocurrirá, qué fecha, par dir aprovechando lo mejor que pueda el tiempo que falta para que llegue ese cataclismo, porque no es lo mismo andar al tuntún que sabiendo positivamente hasta cuándo va a durar el plazo que nos queda, de repente está aquí nomás, cerquita, volteando la puerta, ¿ya Guatemala no se jodió?, el suelo se abrió sin ninguna compasión y antes que ellos pegaran el brinco ya se los había tragado la tierra (MARTÍNEZ, 2012, p. 56-57).

Pero el tema del fin del mundo está ligado con la muerte y el trasmundo. Dilemas que se ha planteado la humanidad desde hace mucho tiempo. La religión cristiana tiene su explicación. Se plantea la necesidad de creer en la resurrección. Quizá esa es una respuesta que crea expectativas en los cristianos. Candelario tiene sus dudas. Las ideas las expone con la mayor simpleza y con el humor que caracteriza a su sociolecto:

No faltaban quienes dicen que después, cuando ya no quede ni un mosquito, ni una mariposa en el aire, vamos a resucitar todos los muertos nuevamente intactitos conforme si nos levantáramos de dormir para que nos vuelva a perdonar Dios y nos dé, entonces sí, la vida eterna, aunque claro, se me pone que la eternidad debe ser como sentarse a mirar la mar que viene y va, dale que dale en esa porfiadera, sin tener cuándo acabar, pero ¿y si no resucitamos nada?, y si el vaho que hay dentro de la Tierra nos sancocha y nos entrevera en un solo masacote y nunca jamás da razón de nosotros?, ahí, sí, carajo, nos hemos jodido bien jodidos porque se nos acabó la ocasión y nosotros cojudamente estamos en el mismo sitio (MARTÍNEZ, 2012, p. 57).

Costumbres alimentarias

Otro aspecto por considerar es que, las costumbres alimentarias de Candelario Navarro, no se adecúan al régimen gastronómico institucionalizado en el país y gran parte del “mundo occidental”. Candelario, afrodescendiente que ha vivido en Coyungo, en esas quebradas que se enclavan entre el desierto y las primeras estribaciones andinas, ha probado distintos tipos de carne en su régimen alimentario. Por eso dice:

Nada más que por especulación y experiencia se me dio por comer cuanto animal hay: burro, perro, zorrillo y también animal de agua, sea de río, sea de mar, y me gustó y me quedé con la costumbre. El único animal que no me nace comer es el caballo, su carne parece corcho y no se compone ni con los aderezos... (MARTÍNEZ, 2012, p. 30).

Ciertamente, las opciones gastronómicas de Candelario van contra las costumbres institucionalizadas de lo que las instituciones del mundo “occidental”, han estandarizado. Sus preferencias gastronómicas por la carne de perro, burro o zorrillo escandalizarían a un ciudadano de la cultura institucionalizada. Y como para abundar en sus preferencias, dice:

Mala suerte que ahorita no tengo ni siquiera esa víbora de cerro que es seca y costilluda, sin un lugar donde hincarle el diente, sino ponía en las brazas un pedazo con sal y pimienta para que vean comer y chuparme los dedos de gusto... (MARTÍNEZ, 2012, p. 32).

Luego agrega:

Burro ni que se diga, burro es mejor que gallina, veo uno, sea pardo o azulejo, y se me hace agua la boca, agua lo que se llama agua. En Tunga, donde mi compadre Melecio Siancas, lo comíamos en chicharrón, bien tostadito (...) tal vez la carne de perro no tenga muchos partidarios, digo por otros que quizá sea así, por mí no, yo he comido perro hasta de vicio en Nazca que por eso será que sigo con vida y fuerza... (MARTÍNEZ, 2012, p. 32 - 33).

Y claro, no podía dejar a un lado aquella costumbre que tienen los afrodescendientes – según el habla popular que reconfirma Candelario Navarro - por preparar exquisitos platos con carne de gato. Es importante apreciar el tono y el gusto con el que alaban ese potaje:

De tanto gato que he comido en mi vida todavía me queda el sabor en la boca, chasqueo la lengua contra el paladar y vuelvo a sentir esa exquisitez, me brota agua limpia, y ahí mismo me acuerdo de Pedro Regalado, mi sobrino Pedrito que en paz descansa, gatero insigne, con él y Goyo Largo que tenía un tragaral único, preparábamos ollones enteros y luego con una

parsimonia de obispo, nos sentábamos a comer, cada quien, en su esquina, en plato hondo y la olla en medio, humeante, oronda... (MARTÍNEZ, 2012, p. 99).

Sensualidad, erotismo y adecuación a la narrativa literaria

Decíamos que el testimonio de Candelario revela que la sensualidad y el erotismo, en este personaje afrodescendiente, está a flor de piel. Recordemos que, casi al inicio, Candelario comenta que el gusto por cortejar mujeres es algo que no ha podido evitar:

El gusto de andar oliéndoles el trasero a las mujeres como el toro a la vaca todavía me dura, pero antes de mi regreso a Coyungo era más encendido y casi no tenía atajadero, no respetaba amenazas, parejo, como un toro que ha estado amarrado años y que de repente rompe el cabestro, así iba yo haciendo destrozos, rompiendo quinchas, tumbando trancas, sin respetar a quienes salían a atajarme con palos, con bala, porque mucho me acuerdo que en Conventillo me metió bala un tal Merardo Aquije que tenía una hija en la flor de sus años, cuidadita como una loza, y voy yo, meto el hocico, baboseo la comida y hasta rompo el plato carajo (MARTÍNEZ, 2012, p. 20).

Y luego, más adelante nos comenta que el tenía un cuaderno en el que iba anotando sus aventuras amorosas. En esta parte del texto hay que hacer una aclaración importante. El testimonio que nos llega a través de la oralidad se somete a las particularidades del discurso escrito y ciertas licencias del estilo del escritor. Como se apreciará en los párrafos que consigno, el escritor yuxtapone su estilo a la versión o intención del afrodescendiente. No es de ese modo cómo se debe haber expresado Candelario Navarro. Ese modo de relatar nos hace ver que el escritor, que traduce el testimonio del personaje, impone su criterio. Veamos:

Erlinda Moyano A. Ojona ona y alta pelolargo argo de senos grandes como melones ones y soltera de 26 años nacida en Huayurí urí que sería de eso que olía a vinagrillo illo más en la espalda alda porque se la lamí todita ita y era ácida que hasta se me destemplaron los dientes rejas ejas y luego cuando me agacho acho no me deja que le mire la chucha ucha pero sí que se la manoseara a mi gusto...

[...]

Serafina Villegas Alca. Camaneja de Camaná medio cuarentona ona y acholada un poco parduzca uzca alta eso sí y con buena anca la encontré que estaba amarrando ando su vaca aca en el carrizal de la toma de Papagayo ayo y casi en juego le dije ije que se me hacía agua y me contesta aguadija ija y yo le digo verija pija y así empezó todo odo...

[...]

Eugenia Aragonés. Zamba y culona como manda la ley y los ojos plomos de gata rusa y peluda con un lunar grande negrísimo en la mejilla izquierda voy y le caliente el oído y allí me quedo con esa porfía buscándole el amén y cuando dice que sí se me van las manos y veo que lo tiene duro y apretadito y en ese arranque los dedos andan solitos en medio de un enredijo de alambre con afrechillo luego a la hora de la verdad me quedo lelo y hasta me persigno de lo que estoy viendo o mejor dicho tocando tan apretado como si nadie lo hubiera gozado en la vida y ella me mira con unos ojos de desconcierto y me dice al verme en apuros que no conoce hombre desde el año que murió su marido y que tal vez como Dios es grande le ha cicatrizado la herida y que me toca a mí volver a aprender el oficio...

(MARTÍNEZ, 2012, p. 69-72).

Como para reafirmar el planteamiento de que es evidente que en esta secuencia interviene el narrador es que la secuencia “Agua de Florida y

jabón de Reuter” hace un guiño (acaso un homenaje) a “La casada infiel” de García Lorca. En el poema del español se lee: “Y yo que me la llevé al río/ creyendo que era mozuela/ pero tenía marido” (LORCA, 2022)

Y en el relato de Gregorio Martínez dice: “y que ella me llevó al río/ creyendo que era mozuelo/ pero tenía albedrío” (MARTÍNEZ, 2012, p. 112) Y luego de una parte del relato dirá: “y que ella me llevó al río/ creyendo que era consuelo/ pero tenía trapío” (MARTÍNEZ, 2012, p. 112).

Según el relato:

(...) cada vez que iba a bañarse al río, entre el sauzal, me llevaba, vamos Jesucristo, me decía, yo llevaba la canasta con la toalla, los jabones y los pomos de olor, entonces ella se sentaba en la orilla y comenzaba a desnudarse, blanca, carnuda (...) ¡qué frío!, decía y me llamaba ven, Jesucristo, sácate la ropa para que me jabones... (MARTÍNEZ, 2012, p. 112).

Se combina, pues, el erotismo del narrador afrodescendiente y un modo de vincularlo a la tradición literaria. La referencia del poema de García Lorca es parte de la tradición. Lo que ha hecho Gregorio Martínez es adecuarlo a la realidad narrativa del mundo afrodescendiente. Pero ello es un vínculo que realiza la mente e iniciativa del narrador peruano.

Conclusiones

1. La población afrodescendiente llega al Perú acompañando a los conquistadores españoles. Son esclavos que se encuentran en situación de invisibilidad, tanto que los cronistas no consignan nombre de ninguno de ellos. A nuestro entender, esto equivale a una visibilidad cero. Los afrodescendientes tendrán que seguir un largo camino para, primero, alcanzar la condición de libertos, y reafirmar su presencia en una sociedad discriminadora.

2. En la narrativa peruana contemporánea, la novela “Matalaché”, de López Albújar, presenta a un afrodescendiente como personaje protagónico. Los hechos suceden en los tiempos coloniales y lo acontecido nos hace ver que en la rígida sociedad estamentaria, no hay lugar para romances entre personas de clases sociales distintas y peor si el varón es afrodescendiente y la dama es hija del dueño de la hacienda. El castigo que recibe José Manuel revela la atrocidad a la que puede llegar una sociedad que rechaza a los afrodescendientes.

3. En las décadas '70 y '80 se presenta una visión distinta de los afrodescendientes. Y ello porque, con cierto fundamento ideológico y político, algunos escritores – entre los que podemos destacar a Scorza, Martínez, Calvo – deciden ofrecer una imagen más auténtica de la población discriminada, sea andina, afrodescendiente o amazónica. Es en ese contexto que aparece “Canto de sirena” (1985), de Gregorio Martínez, libro basado en el testimonio de vida de un afrodescendiente: Candelario Navarro.

4. En “Canto de sirena”, Candelario Navarro reinterpreta la realidad aparte de sus conjeturas y su modo de asumir los hechos y conocimientos adquiridos. El personaje es irreverente y tiene conocimiento de la historia de las haciendas de la costa sur del Perú. En su testimonio, el personaje transmite sus aventuras de vida, sus mujeres, hasta sus gustos gastronómicos que, ciertamente, no son los que habitualmente consumen los ciudadanos del orden institucional. Lo importante es que, en el relato de su vida personal, por metonimia, lo dicho se hace extensivo y característico de muchos de los afrodescendientes que poblaron y siguen viviendo en la costa sur del país.

5. Mención aparte merece el tratamiento que ha elegido Gregorio Martínez en su obra. Primero, porque la utilización de la primera persona, la opción narrador-personaje que trasmite su testimonio en primera persona, con los rasgos propios de su oralidad, su sociolecto, supone una reafirmación de la presencia de los afrodescendientes. De haber tenido la condición de esclavos con cero visibilidad, se pasa a tener voz propia que trasmite en su lenguaje oral, su léxico y sus giros expresivos su modo de entender el mundo y la vida en la sociedad.

6. En el caso de "Malambo" (2000) nos encontramos con una novela cuya historia acontece en época de la colonia, cuando los afrodescendientes eran esclavos. Pero, mientras todos ellos son sometidos a los rigores del trabajo exigente, con Tomasón se hace una excepción debido a que es un pintor, una persona que sabe un oficio y merece el aprecio de los hacendados y de la colectividad. La novela dedica especial tratamiento al sincretismo religioso de los afrodescendientes, quienes se declaraban católicos y se organizaron en cofradías, pero que, en el fondo de sí, mantenían su sentimiento vinculado a las deidades ancestrales, aquellas que trajeron de la lejana África.

Sobre o artigo

Recebido: 02/07/2022

Aceito: 05/08/2022

Referências bibliográficas

ALBÚJAR, E. L. **Matalaché**. Lima: ediciones Peisa, 2019.

BARRANTES, M. A.; AGUILAR, J. A. C. **La presencia afrodescendiente en el Perú**, Lima: Ministerio de Cultura, 2015.

CHARÚN-ILLESCAS, L. **Malambo**. Lima: editorial universitaria de la UNFV, 2001.

DEL BUSTO, J. A. **Breve historia de los negros del Perú**. Lima: Congreso de la República, 2001.

LORCA, F. G. **La casada infiel**, Disponible: <https://biblioteca.org.ar/libros/131332.pdf>. Acceso: mayo 2022).

MACEDO, M. R. **Narrativa completa**. Lima: PUCP, 2011.

MARTÍNEZ, G. **Canto de sirena**. Lima: ediciones Peisa, 2012.

POLAR, A. C. Literatura en el Perú republicano. In: POLAR, A. C. **Historia del Perú**, tomo VIII, Lima: ediciones de Juan Mejía Baca, 1980.